

Suspensa estaba Magdalena, y casi arrepentida de su precipitada resolución ante aquella soledad y aquel silencio que la rodeaban como la sombra del desamparo en que se veía, cuando creyó oír algo parecido á un suspiro exhalado junto á ella..... Aplicó el oído y percibió el vago murmullo de una conversacion, cuyas palabras no acertaba á distinguir, distinguiendo, sin embargo, dos acentos diversos.

Era indudable que cerca de ella hablaban dos personas, puesto que oía dos voces, y hubiera jurado que una era voz de hombre y la otra voz de mujer.

Sin que ella misma supiera explicarse la causa, sintió un frio mortal, como si toda la sangre se le helara en las venas..... Era aquella la noche de las visiones, y la pobre muchacha no queria ver más de lo que habia visto, y resolvió retirarse, renunciando al amparo de la hermana del Duque.

Se esperó, no obstante, porque el murmullo de la conversacion empezó á ser más vivo y una fuerza desconocida la detenía.

Llegaba á sus oídos el murmullo de aque-

lla conversacion íntima y misteriosa, semejante al rumor que se escapa de las hojas de los árboles movidas por el viento, ó al que forma el agua al caer sobre el agua.

Oía y escuchaba á pesar suyo, porque..... porque..... francamente, cualquiera en su situacion hubiera hecho lo mismo. Además, como no distinguía las palabras, no sorprendía ningun secreto..... Por otra parte, ¿qué personas eran las que hablaban de aquel modo? ¿Sería Mundeta uno de los interlocutores de aquel íntimo diálogo?..... ¿Por qué no?..... En tal caso debía asegurarse de ello ántes de decidirse á volver atrás, y siendo Mundeta, la llamaría y asunto concluido.

Mas para resolverse á dar este paso le pareció prudente inquirir si era ó no de Mundeta la voz de mujer que llegaba á sus oídos, y para conseguirlo se acercó á la puerta por donde indudablemente salía el murmullo, y escuchó con atencion profunda.

En esto la voz del hombre debió decir alguna cosa triste ó tierna, porque la mujer no pudo ó no quiso disimular su emocion y dió por respuesta un largo suspiro. Magda-

lena se acercó más hasta apoyar la cabeza en la pared y percibió estas palabras :

—Tenga V. piedad de mí.

No era la voz de Mundeta la que acababa de oír..... era la voz de la Marquesa, y las palabras pronunciadas parecían indicar que se hallaba en algun apuro..... ¿Podría serle útil su presencia en aquel momento?..... Magdalena creyó que sí, y alzando el *portier* entró, pero tuvo que detenerse, viéndose de pronto sumergida en súbitas tinieblas, como si hubiera cegado de repente.

Restregóse los ojos, y no por eso se disipó la sombra que los oscurecía, mas no tardó mucho en reconocer el motivo de oscuridad tan inesperada, y probablemente en otra ocasión ménos crítica se hubiera reído de su aturdimiento.

Se hallaba en el hueco de la pared formado por la puerta, y encerrada entre dos cortinas que impedían el paso de la luz por una y otra parte.

En el instante en que alargaba la mano para levantar la segunda cortina y penetrar en el comedor, sonó la voz del hombre diciendo:

—Éste es, señora, el único amor de mi vida.

La mano de Magdalena entreabrió la cortina y sus miradas se lanzaron como rayos dentro del comedor, porque el acento que acababa de oír habia penetrado en su alma.

Miró y vió á la Marquesa indolentemente reclinada, como quien se abandona, como quien se entrega, como quien renuncia á toda resistencia, vencida por el ímpetu de sus sentimientos; delante de ella, casi de rodillas, estrechando una de sus manos y besándola con apasionada ternura vió á un hombre cuya cabeza vigorosamente contorneada no pudo desconocer..... y no vió más, porque sus ojos se nublaron de la misma manera que se nubla el cielo un momento ántes de estallar la tormenta.

Retrocedió en la sombra, salió á la galería, que atravesó como un relámpago, se precipitó por la escalera y entró en el gabinete de donde habia salido diez minutos ántes, erguida, con el rostro inflamado, centelleando bajo los párpados el fuego de la ira pron-

ta á estallar. No era Magdalena dulce y risueña, bondadosa y apacible, con sus ojos de cielo y su boca de ángel; era Medea, celosa, furibunda y salvaje.

Ni una lágrima brillaba en sus mejillas ni un suspiro salía de sus labios..... Temblaba, sí, pero no con el temblor del miedo, sino con el temblor de la energía, como tiembla el acero al herir, como tiembla el aire que lleva la tempestad en sus alas.

En medio del gabinete, con los puños cerrados y los brazos tendidos, con la audacia en la frente, saboreando el terrible placer de los dioses, parecía la estatua de la venganza, como hubiera podido imaginarla el genio pagano de los griegos, como hubiera podido salir de las manos de Fídias.

De repente compuso el desorden de su semblante y cruzó los brazos sobre el pecho sin doblar la cabeza, esparciéndose por toda su persona una serenidad sombría, más terrible que el arrebato de su enojo.

Acababa de entrar el Duque, y la contem-

plaba absorto, creyendo que no la había visto nunca tan hermosa.

Ella se sonrió—solo Dios sabe cómo—y le dijo:

—Usted es el único sér que me ama en la tierra.

—Magdalena, exclamó Javier, ¿qué quieres?..... ¿qué deseas?..... No hay sacrificio que yo no haga.

—Quiero salir de aquí..... quiero que huyamos.

—¿Adónde? preguntó el Duque.

—A Italia, á Suiza..... léjos, muy léjos, contestó ella.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Adelantóse Javier, y ella con la majestad de una reina le tendió la mano, repitiendo:

—Ahora mismo, Duque, ahora mismo.

Él sintió toda la gloria de su triunfo; pero dudoso aún, dobló una rodilla, cogió la mano que se le tendía y acercó á ella sus labios.

Magdalena, erguida y fria, sintió en su

mano el calor de la boca que la besaba, sin resistirse y sin estremecerse.

Infeliz..... era el primer paso que daba en el camino de la venganza.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

## ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—¿Qué será? . . . . .	5
CAP. II.—Malo, malo, malo. . . . .	23
CAP. III.—Empiezan á enredarse los hilos de esta verdadera historia . . . . .	55
CAP. IV.—Tesis, Hipótesis y Síntesis. . . . .	87
CAP. V.—A. Gil y Agudo. . . . .	121
CAP. VI.—El almuerzo. . . . .	155
CAP. VII.—El canto de la sirena.. . . .	183
CAP. VIII.—El Duque averigua que vale mucho más la maña que la fuerza. . . . .	217
CAP. IX.—Juega y pierde. . . . .	247
CAP. X.—Donde verá el lector desocupado cómo por huir de Scila se cae en Caribdis. . . . .	275
CAP. XI.—El Jefe de la policía secreta. . . . .	307
CAP. XII.—Los dos hermanos. . . . .	335
CAP. XIII.—Ojo por ojo y diente por diente. . . . .	359
CAP. XIV.—La noche de las visiones.. . . .	393

FIN DEL ÍNDICE.